

Los árboles nunca están solos



Escrito por James Church

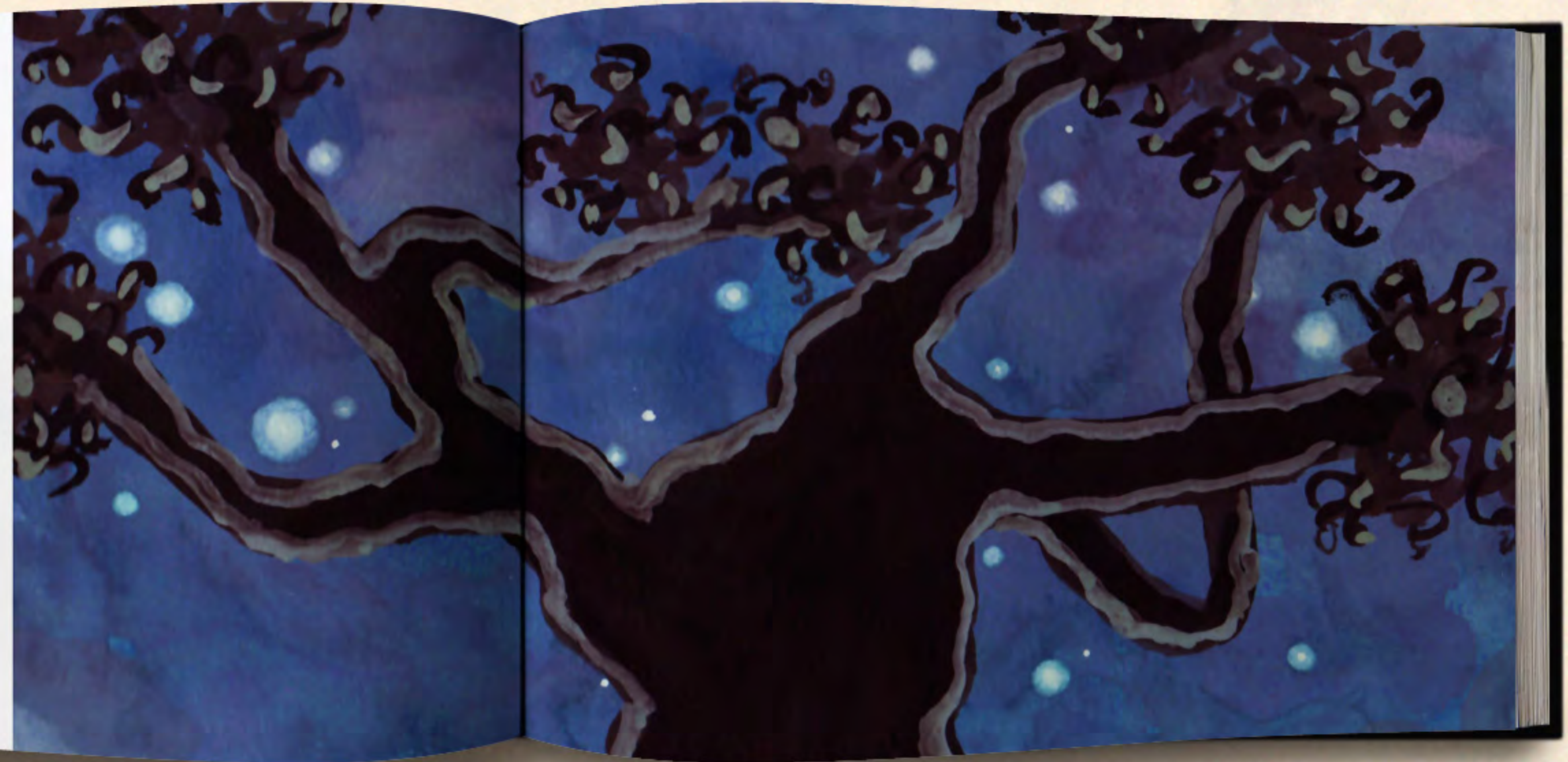
Ilustrado por Erin Scott



Los árboles nunca están solos.



Apren- den y
escu- chan todo
el día, quedándose
quietos o a veces
bailando en el
viento del atardecer.





Pero érase una vez
un árbol que quería estar
en otro lugar.



“Por favor, quédate aquí”, dijo el pájaro.

“Si te vas, ¿dónde voy a sentarme por la mañana y cantar mi canto?”

“Lo siento mucho”, dijo el árbol, “pero hace mucho tiempo que estoy parado aquí y necesito ver algo nuevo. De todos modos, tú siempre me despiertas por la mañana”.



La ardilla subió
por el tronco del árbol
y se posó
en una rama.

“Si te vas,
no tendré donde
sentarme”,
dijo la ardilla.

“Lo siento mucho”,
dijo el árbol,
“pero aquí no hay
otros árboles.
Quiero mudarme
al bosque. De todos
modos, tú me
das cosquillas
cuando corres
por mis ramas”.

Las hojas
susurraron en
el viento.
"Si te vas,
vamos a caer
en lugares
extraños cuando
llegue el otoño,
ninguna entre
nosotras sabrá
donde estamos".



"Lo siento mucho",
dijo el árbol,
"pero ustedes siempre
me abandonan en
el invierno y solo vuelven
cuando hace más calor
en la primavera. De todos
modos, hablan toda
la noche y no me
dejan dormir".



En ese momento pasaron un hombre viejo y un muchacho. El hombre viejo se detuvo y miró el árbol.

“Fíjate”, dijo el hombre viejo. “¡Qué cosa más maravillosa! Planté este árbol hace muchos años cuando era muy chico. El árbol estaba igual de alto que yo y muy delgado. Y ahora ha crecido, tan alto y grande”.

El hombre viejo se sentó y se apoyó en el ancho tronco del árbol. “La sombra es tan fresca y dulce”, dijo el hombre viejo y volteó para ver al muchacho sentado a su lado.

“Mira por aquí”, dijo el hombre viejo y con la mano señaló en todas direcciones.

“Todo está tan diferente de cuando yo crecía. Aquí por todas partes había prados. Allí no había carretera, como hay ahora. No había casas, como aquella fila de casas por allá. Todo está diferente, todo excepto este árbol”.

“Va a estar aquí por cien años más. Cuando pases por aquí con tu nieto, puede que todo parezca diferente, puede que el mundo haya cambiado, pero aquí estará este árbol, verde y dando la bienvenida”.

El pájaro cantó unas notas. La ardilla chasqueó.
Las hojas bailaron en la brisa.





Al día siguiente, el tiempo cambió e hizo frío y todos sabían que el verano ya se acabó y el otoño había comenzado.

La ardilla empezó a recoger nueces.

El pájaro esponjó las plumas y miró el cielo hacia el sur.



Las hojas comenzaron a caerse del árbol, al principio unas cuantas y después cada vez más.



“Adiós, mis amigos”, dijo el árbol con tristeza.
“¿Algún día los volveré a ver?”

“Claro que sí”, dijeron las hojas. “Siempre volvemos. Siempre”.

“Claro que sí”, dijo el pájaro, mientras voló hacia el cielo y dio dos vueltas alrededor del árbol. “Yo volveré. Yo siempre vuelvo”.





La ardilla subió a una rama.
“¿Quieres que me quede contigo?”

“Sí, así me gustaría”, dijo el árbol.

“¿Aun si te doy cosquillas cuando corro por tus ramas?” preguntó la ardilla.

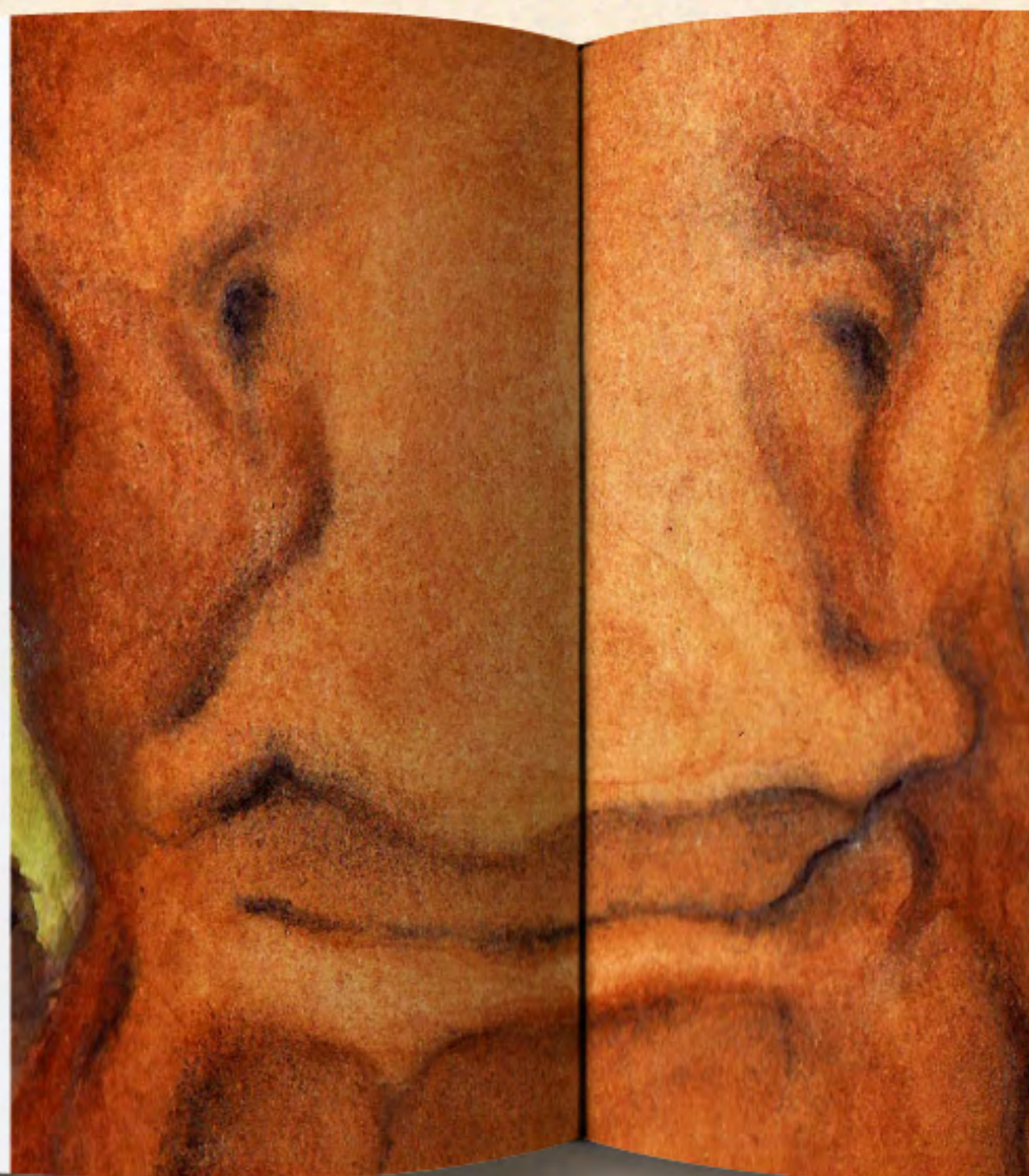
“Prefiero que me des cosquillas, de veras está bien”, dijo el árbol.

El pájaro hizo una señal de adiós con las alas y las hojas flotaron en el viento.

“Nos vemos en la primavera”, dijeron.
“¿Todavía estarás aquí?”



“Claro que sí”,
dijo el árbol.



“¿Para qué tendría ganas
de ir a otro lugar?”

El fin.

